

III Congreso Internacional de Investigación y Práctica Profesional en Psicología XVIII Jornadas de Investigación Séptimo Encuentro de Investigadores en Psicología del MERCOSUR. Facultad de Psicología - Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires, 2011.

Héterotismo.

Mazzuca, Santiago Andrés.

Cita:

Mazzuca, Santiago Andrés (2011). *Héterotismo. III Congreso Internacional de Investigación y Práctica Profesional en Psicología XVIII Jornadas de Investigación Séptimo Encuentro de Investigadores en Psicología del MERCOSUR. Facultad de Psicología - Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires.*

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/000-052/817>

ARK: <https://n2t.net/ark:/13683/eRwr/Ctg>

Acta Académica es un proyecto académico sin fines de lucro enmarcado en la iniciativa de acceso abierto. Acta Académica fue creado para facilitar a investigadores de todo el mundo el compartir su producción académica. Para crear un perfil gratuitamente o acceder a otros trabajos visite: <https://www.aacademica.org>.

HÉTERTISMO

Mazzuca, Santiago Andrés
Universidad de Buenos Aires

RESUMEN

Este trabajo se abre con dos preguntas: cuál es la esencia de la sexualidad humana, y de qué modo entra el lenguaje en el ser hablante. Despliega en principio la primera de ellas a partir de algunos planteos de Freud en sus Tres ensayos de teoría sexual, leídos con la orientación de la distinción lacaniana de los tres registros, hasta que desemboca inevitablemente en la segunda pregunta. Desde entonces, intenta extraer las consecuencias del hallazgo (inesperado quizás) de que se trata de una sola y misma cuestión.

Palabras clave

Sexualidad Lenguaje Registros Ser-Hablante

ABSTRACT

HÉTERTOTICISM

This paper opens with two questions: what is the essence of human sexuality, and how language comes into the parl'être. It displays the first one from a few proposals of Freud's Three Essays on the Theory of Sexuality, read with the guidance of the Lacanian distinction of the three registers, and it ends up in the second one. Since then, it attempts to draw the consequences of the finding (unexpected perhaps) that there are one and the same question.

Key words

Sexuality Language Registers Speaking-being

Introducción

Dos preguntas aparentemente heterogéneas dan origen a las palabras que siguen. Una: ¿Qué es la sexualidad humana? Dos: ¿Cómo entra el lenguaje en el ser hablante? La tesis es doble pero una sola: a saber, que ambas preguntas son una y la misma.

1. ¿Qué es la sexualidad humana?

Freud abre el primer capítulo de sus «Tres ensayos...» haciendo una crítica -en el sentido de análisis crítico- de la concepción popular de la sexualidad -es decir, según el sentido común. Pleno de razones, afirma que cada una de las representaciones comunes en su época sobre la sexualidad (que surge recién en la pubertad, que se manifiesta como una atracción irrefrenable de un sexo hacia el otro, que empuja siempre hacia la realización del coito, etc.) son categóricamente falsas. Sin embargo, inevitablemente parte Freud de esas mismas concepciones para realizar su propio análisis de la sexualidad. Y cuando más tarde se pregunta por la cuestión de su esencia, su verdadera naturaleza, su especificidad, apenas alcanza a cubrir el impasse evidente con una tibia remisión a alguna especificidad química. Freud funda sus concepciones sexuales en el análisis de ciertos fenómenos particulares y concretos (por ejemplo, el chupeteo). Las definiciones brillan por su ausencia.

Queda sin embargo en suspenso la pregunta. Si no hubiéramos de usar el término *sexual* de cualquier manera y con un valor absolutamente indeterminado en su vaguedad, sigue vivo el interés por bien enunciar una fórmula que precise su especificidad y se demuestre operativa. (Porque no de cualquier cosa decimos que es sexual. Algunas cosas lo ameritan más, otras menos. ¿Y dónde reside la frontera? Ya se sabe: ni en la reproducción, ni en el coito, ni en la diferencia entre sexos biológicos, ni siquiera en el placer. ¿Dónde pues?)

2. El chupeteo

Vamos a partir, con Freud, de ciertos hechos -hechos que son tales especialmente a partir de que Freud los ha fundado con su palabra, por supuesto. En particular, para empezar, el chupeteo.

Es conocido el modo en que Freud lo toma de Lindner y distingue en él tres características que destaca como paradigmáticas de la sexualidad humana en general. Estas características: su apuntamiento inicial en la satisfacción de una necesidad, su localización en una zona erógena y su calidad autoerótica, son expuestas de modo claro desde la primera edición de los ensayos. En cambio, lo que no se elucida plenamente es el sentido que adoptan consideradas en su conjunto, la iluminación recíproca que se proporcionan y las revoluciona-

rias consecuencias que conllevan sobre el concepto de lo sexual. Vamos a retomarlas por este motivo.

En primer lugar, el **apuntalamiento**. La satisfacción sexual nace siempre -interesante la expresión freudiana, porque lleva consigo la afirmación de que tal satisfacción sexual no existe desde siempre, sino que nace en las primeras experiencias-, nace siempre apuntalándose en la satisfacción de una necesidad. En el chupeteo, se trata, naturalmente, de la alimentación. Resulta así evidente que la satisfacción sexual nace en relación con el cuerpo biológico, con una primera satisfacción *orgánica* -por decir así.

Sin embargo, este elemento observable entra en tensión con la segunda de las características: el recorte de las **zonas erógenas**. Pues ocurre que la satisfacción sexual nace a partir de la satisfacción de la necesidad (aquí, la alimentación), pero sin embargo toma cuerpo, por decir así, justo al costado de ella, desplazada. Pues la satisfacción de la necesidad se localiza en todo el tracto digestivo, incluyendo la garganta y el esófago; en cambio, la pulsión oral se localiza especialmente en los labios y la boca. Además -y éste es el fenómeno más incontestable-, mientras la satisfacción de la necesidad tiene un objeto propio y muy específico, la pulsión oral carece de objeto específico, y por eso no incorpora nada sino que se sirve de cualquier cosa que le permita experimentarse como puro agujero: un chupete, una sábanita, un dedo -lo que sea.

Se produce entonces una tensión: por una parte, a juzgar por el **apuntalamiento**, la satisfacción sexual tiene una clara relación de origen con la satisfacción de la necesidad; por otra parte, a juzgar por el recorte muy propio y diferencial de las **zonas erógenas**, la satisfacción sexual se distingue claramente de la satisfacción de la necesidad.

En medio de esta tensión, agregando una complejidad más, aparece la tercera característica del chupeteo: su naturaleza **autoerótica**. Para que no sea sólo una complicación, sino que también nos encamine hacia una elucidación de conjunto, conviene detenerse a precisarla.

3. Autoerotismo

Freud mismo lo hace en una nota al pie, cuando aclara que su uso del término se distingue del sentido que le dio Havelock Ellis al introducirlo por primera vez. Para Ellis, *autoerótico* significa que no proviene de afuera sino que se engendra en la interioridad del cuerpo. Para Freud, en cambio, lo autoerótico no designa la fuente, sino el destino. La pulsión es inicialmente autoerótica porque no se vincula con un objeto psíquico y no tiene destino más allá del cuerpo, su satisfacción "muere" -por decir así- en la zona erógena.

Pero ¡atención!: Esto no quiere decir que provenga del cuerpo. En el cuerpo muere, en el cuerpo va a encallar, pero no proviene de él. ¿Proviene de dónde?

Aquí cito en extenso un pequeño pasaje de los «Tres ensayos...» algo más avanzado: «El trato del niño con la persona que lo cuida es para él una fuente continua de excitación y de satisfacción sexuales a partir de las

zonas erógenas, y tanto más por el hecho de que esa persona -por regla general, la madre- dirige sobre el niño sentimientos que brotan de su vida sexual, lo acaricia, lo besa y lo mece, y claramente lo toma como sustituto de un objeto sexual de pleno derecho. La madre se horrorizaría, probablemente, si se le esclareciese que con todas sus muestras de ternura *despierta* la pulsión sexual de su hijo y prepara su posterior intensidad. Juzga su proceder como un amor «puro», asexual, y aun evita con cuidado aportar a los genitales del niño más excitaciones que las indispensables para el cuidado del cuerpo. Pero ya sabemos que la pulsión sexual no es *despertada* sólo por excitación de la zona genital; *lo que llamamos ternura infaliblemente ejercerá su efecto un día también sobre las zonas genitales.*» (FREUD 1905, p. 203 -subrayado mío.)

La pulsión es *despertada* en el cuerpo, o incluso se puede decir que *nace* en el cuerpo (cuando efectivamente llega a nacer), a partir de la relación de amor (u odio) con el otro ser humano real, comenzando en general por la madre. Cuando esto no ocurre, la pulsión no despierta... y curiosamente, el organismo humano muere. Lo ponen de manifiesto las experiencias del hospitalismo que llegan no pocas veces hasta el marasmo.

Si la pulsión sexual proviene del otro real, ¿qué significa que sea autoerótica?

Significa que la pulsión nace inicialmente del otro, proviene de su palabra, sus gestos, sus actos, su decir, pero rápidamente, apenas nacida, se independiza de ese otro y se autonomiza bajo la forma del chupeteo. El bebé ya no goza de amamantarse del pezón, sino de cualquier otra cosa a la que no se hace necesario llamar.

Así entendido el autoerotismo, ¿qué resulta de articularlo con el apuntalamiento y las zonas erógenas?

4. Del organismo a la palabra, y vuelta sobre el cuerpo pulsional

Podemos representarnos el proceso de nacimiento de la pulsión más o menos así. (Es una reconstrucción.) En el principio, o quizá más bien incluso antes del principio, está la satisfacción de la necesidad. Es de naturaleza biológica. Esa satisfacción existe; en el caso del chupeteo, es la satisfacción del hambre, de la cálida leche fluyendo por la boca y la garganta y llevando alivio y satisfacción a ese organismo biológico en tensión. Si esto no tuviera ningún papel, el apuntalamiento no tendría sentido.

Ahora bien, lo que se recorta como zona erógena, como ya dijimos, no es el aparato digestivo, sino la boca y especialmente los labios. ¿Cómo entender esto si no es de esta manera: que se erotiza no exactamente esa satisfacción orgánica, sino *la participación del otro en esa satisfacción*? Por primitivo que lo supongamos, las experiencias del marasmo muestran que el recién nacido registra de algún modo la presencia subjetiva de ese otro. Se recorta del organismo biológico la zona que justamente registra el contacto y la separación de ese otro, que se repiten de manera cíclica.

La zona erógena se recorta sobre el cuerpo biológico pero desde ese otro que, como tal, tiene otro estatuto,

un estatuto de palabra. Lo que se erotiza propiamente es la respuesta que da el otro al llamado del hambre (al inicio constituyéndolo incluso como llamado). Se erotiza el hecho de responder. El acto de palabra. Que como sabe todo aquél que haya criado niños, suele ser un acto de amor, donde se pone en juego cada vez (a las cuatro de la mañana, por ejemplo, y sin haber dormido nunca bien en esas primeras semanas desde que el pequeño ha nacido), lo que ese nuevo ser es para la madre. (O también, por supuesto, lo que *no es*, cuando no se responde.)

Hay entonces un movimiento, una basculación que va del organismo al vínculo vivo de palabra con el otro. Vínculo de palabra: de llamado y de respuesta. Aunque no haya todavía allí lenguaje.

Ahora bien, el circuito de nacimiento de la pulsión, que comienza con esta basculación desde el organismo hacia el otro de la palabra, se cierra con una vuelta de la palabra sobre el cuerpo, lo que al mismo tiempo constituye una especie de lengua antes del lenguaje (del lenguaje articulado). Porque el chupeteo no consiste en llamar eternamente al otro para gozar de su respuesta, sino en chuparse el dedo solito. La respuesta amorosa del otro se inscribe corporalmente en la zona erógena de la boca... aunque al inscribirse, se pierde.

Pero el cuerpo sobre el que se retorna ya no es el mismo del que se partió. El primero era el organismo biológico, el segundo es el cuerpo pulsional. Una suerte de metonimia primitiva confisca al organismo una zona a la que erige como representante de lo que no tiene cuerpo propio: la palabra.

5. Doble pérdida

Antes del lenguaje articulado, entonces, las zonas erógenas son una especie de signos que inscriben en el cuerpo esa respuesta del otro, esa palabra viva. Pero al inscribirla -como ocurre en general entre el lenguaje y la cosa-, la matan, la pierden.

Y si la pulsión se conforma con ese movimiento doble, de ida y "vuelta", del organismo a la palabra y de retorno sobre el cuerpo, también la pérdida resultante de la operación debe ser considerada en sus dos aspectos. A todas luces, este circuito de ida y vuelta constituye dos pérdidas que se diferencian.

Por una parte, el cuerpo biológico se transforma en cuerpo pulsional, con lo que se pierde el objeto natural de la satisfacción. La pulsión oral es una "perversión" de la alimentación -puede decirse. Se pierde el instinto. Pero hay otra pérdida tanto o más fundamental. En la pulsión se inscribe pero al mismo tiempo se pierde, se pierde por inscribirse, se inscribe como pérdida, la palabra viva del otro como tal, ese Otro real. El objeto originariamente perdido tiene esa doble dimensión. Por eso la pulsión es también una "perversión" del vínculo con ese Otro real, que resulta perdido, sustituido y relevado por un objeto instrumental, el objeto *a*. Pero al igual que la "perversión" de la necesidad, ésta es estructural, en el sentido de que vale para todo ser hablante.

6. Primer resultado: sexualidad y lenguaje.

A partir de la articulación de estas tres características del chupeteo como paradigma de la sexualidad, podemos retomar la pregunta del comienzo. ¿Qué es lo que define a la sexualidad en el caso del hombre: qué la delimita y le da su esencia? No parece haber otra respuesta posible más que la siguiente: la sexualidad se define y especifica por situarse justo en el punto de juntura entre el cuerpo y el lenguaje. Lo sexual no es ni el cuerpo ni el lenguaje, sino el punto donde uno se inserta en el otro.

Esta definición ratifica lo que se encuentra de hecho en Freud: que la sexualidad humana no tiene nada que ver con la diferencia sexual. Si se entiende que *sexuada* significa referirse a la diferencia y oposición entre dos sexos, hay que decir que la sexualidad humana no trae esa característica consigo desde el inicio, sino que más bien su primera etapa es por completo asexual. La sexualidad humana, en principio, no tiene nada que ver con la sexuación.

7. Segundo resultado: palabra y lenguaje.

Lo que constituye un hallazgo inesperado es el embrollo entre palabra y lenguaje que sale al paso al interrogar la constitución de la pulsión. Parece razonable suponer que lo que afecta inicialmente al recién nacido son los actos de palabra del otro real antes que su lenguaje articulado. No resulta verosímil suponer en el neonato una sensibilidad inicial al lenguaje articulado como tal, sino más bien a la alternancia viva entre la presencia y la ausencia del otro real, y en especial al valor de acto amoroso (u odioso) que esa respuesta del otro real transporta consigo. Es cierto que tales actos de respuesta del otro real se sostienen y constituyen para el adulto desde una trama donde el lenguaje articulado tiene una participación esencial. Pero justamente podemos suponer que por ese motivo la relación viva de palabra con el otro real es el puente para que el recién nacido acceda al lenguaje articulado, más que funcionar el lenguaje articulado como puente para vincularse con el otro real. Lo que está en la causa de la pulsión, entonces, no es el lenguaje sino la palabra. O si se prefiere, el decir.

Sin embargo, la pulsión en sí misma no es una palabra. Y al parecer, tampoco un decir. En todo caso, no se dirige a nadie. No comporta exactamente un llamado, aún cuando la dimensión del llamado ya está constituida para el pequeño ser hablante. En el lugar de ese otro real de la palabra que se deja de lado al constituirse la pulsión, lo que queda es un agujero. Y ese agujero, que ya no es palabra, sí es la esencia del lenguaje.

Parece que la presentación de estos hechos nos impone una formulación así: la pulsión surge del encuentro del viviente con el otro real del decir. Sin embargo, de ese encuentro, de ese cruce, de ese choque, lo que se inscribe en el cuerpo es más bien un lenguaje.

8. Nacimiento del vacío

Y a decir verdad, no es ni siquiera un lenguaje, puesto que no está articulado. ¿Qué es?

Es el mero cavado de un agujero. ¿Agujero arrancado a la satisfacción natural? ¿O a la existencia viva de ese Otro real? A ambas y a ninguna de ellas, a cualquiera. Agujero arrancado a nada. Simplemente agujero. Porque desde el momento en que una zona del cuerpo se recorta como signo de esa Otra cosa, aquella Otra cosa se nadifica.

Para el adulto real, la palabra se sostiene de hecho del lenguaje articulado. Este último constituye el soporte "material" que vehiculiza la palpitación del vacío que late y crea en la palabra viva. El lenguaje la ordena, la orienta, le da un sentido (golpeado y sacudido en esos días iniciales de conmociones, pero que se sostiene al fin). La sostiene y le permite perdurar, subsistir, aunque sea siempre bajo la modalidad de una pulsación. Es la materialidad del lenguaje articulado la que sostiene a la palabra en su acto creador cotidiano.

¿Para el recién nacido? No hay modo de constituirse en torno de esa palabra si su vacío no se encarna en una materialidad episódica. No habiendo todavía lenguaje articulado, esa materialidad es el cuerpo erógeno.

9. Pulsación

El punto anterior se embrolla y prolonga de manera indefinida.

Como salto necesario parece imponerse lo siguiente: toda palabra (no importa si es la del adulto o la del recién nacido que alterna silencio con grito) sólo existe bajo la forma de una pulsación. Es la pulsación entre palabra y lenguaje (y es la pulsación de un vacío). Hay ahí una estructura temporal irreductible. Estructura temporal entre registros.

Para el adulto, es entre palabra y lenguaje articulado. El recién nacido no puede más que captar y reproducir esa estructura (dejarse tomar por ella). Pero en lugar del lenguaje articulado, no hay más que zonas erógenas.

10. Objeto y rasgo

La pregunta abisal ante la que quedamos es la siguiente: ¿cómo se pasa de la materialidad (inmaterial, como toda esencia de lo simbólico) de las zonas erógenas, a la materialidad (inmaterial también) del significante articulado? Tal vez en verdad ese paso no sea posible. Y debemos concluir que junto con la pulsión, al mismo tiempo pero de manera independiente, muerde al viviente el rasgo unario, que no es lo mismo que la zona erógena.

Rasgo unario y zona erógena (o rasgo unario y objeto *a*) comparten la característica de ser la concentración materializada de la incidencia del poder del lenguaje en un punto que se sostiene de sí mismo, es decir, inarticulado. (En esto, se presenta su naturaleza imaginaria.) Pero en la zona erógena ese poder se disocia absolutamente del lenguaje, de modo que no puede reintegrarse ya en una articulación. En cambio, el rasgo puede ser retomado en cadena (aunque no es necesario que lo sea efectivamente).

11. Una carretera truncada hacia el vacío.

En cualquier caso -y para poner un punto a lo que pode-

mos decir sobre la pulsión hasta aquí-: la pulsión parece ser una especie de palabra, de llamado vivo, pero que se trunca siempre a mitad de camino. Si se continuase bajo la forma del llamado del llanto inicial, no sería pulsión ni deseo, sino demanda. (Una demanda que no es articulada en significantes, pero aún así es demanda. Satisfacible. Que exige imperiosamente satisfacción. La satisfacción, se entiende, es el acudimiento del Otro real.) Pero a esa demanda primitiva le ocurre un destino distinto: en el lugar de la satisfacción se inscribe un agujero. Entonces la pulsión es como una carretera que los consumidores recorren de manera compulsiva... hasta desembocar en el puro vacío.

¿Es todavía un llamado, al vacío? Quizá. En todo caso más bien, es la compulsiva repetición de un vacío.

BIBLIOGRAFÍA

1. Freud, S. (1905) «Tres ensayos de teoría sexual», en Obras Completas, Amorrortu editores, Buenos Aires, 1980, tomo VII.